

Dentro de la palabra: el papel de Ángel Rama como intelectual y pensador de lo intelectual.

Margarita Martínez.

Cita:

Margarita Martínez (2011). *Dentro de la palabra: el papel de Ángel Rama como intelectual y pensador de lo intelectual*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/236>

Dentro de la palabra: el papel de Ángel Rama como intelectual y pensador de lo intelectual

Margarita A. C. Martínez

UBA/ Instituto Gino Germani

anacristinax@yahoo.com

Resumen: El linaje del intelectual en América Latina no está exento de controversias derivadas de la traspolación de una categoría definida en Europa durante el siglo XIX a otros momentos históricos y geografías, en este caso nuestro continente. Más todavía cuando en tierras latinoamericanas el dominio de la lectoescritura, la configuración del espacio urbano y el despliegue de estructuras de poder político fueron dimensiones inescindibles en la constitución identitaria desde la colonia hasta las naciones emancipadas. Este trabajo busca elucidar cuál fue el rol de Ángel Rama como intelectual y cuáles las tensiones enfrentadas al momento de desarrollar su tarea como escritor y ensayista teniendo en cuenta que fue justamente uno de sus escritos, *La ciudad letrada*, el que redefinió el punto de mira para considerar la cuestión intelectual en América Latina, y que fue uno de sus libros, *Transculturación narrativa en América Latina*, el que planteó hipótesis inéditas para la consideración de la relación entre literatura e identidad nacional. Al mismo tiempo, a partir de los enfrentamientos y dificultades suscitados por las ideas expuestas en sus textos, a partir de las consecuencias de sus palabras desplegadas en el terreno de la discusión política y de su derrotero biográfico, podemos considerar a Rama como un ejemplo, quizás involuntario, de las torsiones derivadas de un planteo polémico, si no subversivo, justamente en el momento en que el “intelectual” como sujeto se convierte en el propio objeto de la enunciación. ¿Cuál es el rol del intelectual? ¿Lo opone una supuesta función crítica al poder? ¿Cuál es la ética, si es que puede postularse alguna, que guía sus intervenciones? Este trabajo girará en torno a estas preguntas.

Palabras clave: INTELECTUALES – ANGEL RAMA – LATINOAMÉRICA – CIUDAD - IDENTIDAD

DENTRO DE LA PALABRA: EL PAPEL DE ÁNGEL RAMA COMO INTELECTUAL Y PENSADOR DE LO INTELECTUAL

Cuando se aborda el posible linaje de la figura del intelectual en América Latina, nos encontramos con un problema no exento de las controversias derivadas de la traspolación de una categoría definida en Europa durante el siglo XIX a otros momentos históricos y geografías, en este caso nuestro continente. Más todavía cuando en tierras latinoamericanas el dominio de la lectoescritura, la configuración del espacio urbano y el despliegue de estructuras de poder político fueron dimensiones inescindibles en la constitución identitaria desde la colonia hasta las naciones emancipadas. En este marco, uno de los pensadores más lúcidos y críticos que pensaron al intelectual y su relación con el poder fue Ángel Rama (1926-1983). Dentro del

grupo de ensayistas que reformularon una consideración sobre lo latinoamericano, sus ideas trazaron una línea todavía hoy ineludible: uno de sus escritos, *La ciudad letrada*, redefinió el punto de mira para considerar la cuestión intelectual en América Latina, y otro de sus libros, *Transculturación narrativa en América Latina*, planteó hipótesis inéditas para la consideración de la relación entre literatura e identidad nacional.

En cierta medida podemos decir que Rama fue un ejemplo, quizás involuntario, de las torsiones derivadas de un planteo polémico, si no subversivo, justamente en el momento en que el “intelectual” como sujeto se convierte en el propio objeto de la enunciación. Los enfrentamientos y dificultades suscitados por las ideas expuestas en sus textos, las consecuencias de sus palabras desplegadas en el terreno de la discusión política y su propio derrotero biográfico lo convierten en un pensador aún urticante, pese a que se insista en verlo como uno de los últimos “ilustrados”, o el portador de un pensamiento de tipo “crepuscular”¹. Si el pensamiento de Rama todavía hoy tiene el poder de conmover un debate que parece adormecido pese a la febril actividad que lo enmascara, es porque justamente cuestionó a un tipo de intelectual crítico que se iba forjando lentamente entre las décadas del '60 y '70 del siglo que pasó, un siglo en el que la función crítica y la oposición al poder parecían ser la lógica irrefutable de la tarea intelectual, incluso cuando nunca antes ésa había sido una exigencia del pensamiento contra y a partir de lo existente.

Se ha dicho que “la historia de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX no sería la misma sin Ángel Rama” (Peyrou, 2008: 8); no sería la misma sin la calidad del ejercicio crítico que Rama realizara por fuera de cualquier discurso académico estratificado, y a la vez por dentro de las más variadas e imaginativas hipótesis que sólo podían elaborarse a partir no sólo de un amplio conocimiento de la literatura latinoamericana sino también de una vastísima cultura general, cultura que hoy parece ausente de la mayor parte de los estudios que con gran precisión, y a veces desde la jerga de campo, abordan las cuestiones más diversas conminados por la especificidad del tema a tratar. Ángel Rama responde, es cierto, a un modelo de intelectual del cual quedan pocos exponentes; también su formación e inserción en el medio cultural montevideano revisten un aire de anacronismo. Pensemos en la demorada Montevideo de la década del cuarenta que recién comenzaba a ser surcada en un amplio espectro por las ondas de los medios de comunicación de masas. Rama, estudiante de letras, se convierte en un periodista entusiasta (en el diario *El País*, en 1945). Muy pronto fundará, junto con otros estudiantes, la revista de literatura *Clinamen* (1948) y se constituirá en uno de los exponentes de lo que se denominará la “generación del '45”, junto con Carlos Martínez Moreno, Mario Arregui, José Pedro Díaz, Mario Benedetti, Armonía Sommers, Idea Vilariño, Ida Vitale, Amanda Berenguer, Homero Alsina Thevenet, Hugo Alfaro, Mauricio Müller, Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal, entre otros. Citamos a Rosario Peyrou para definir a esta generación: “Cosmopolitas, hipercríticos, desligados de todo vínculo con las esferas del poder político, los del '45 fundaron revistas, editoriales, cine clubes, ocuparon los principales espacios de difusión cultural y se dedicaron con entusiasmo a demoler los cimientos en que se basaba la ‘siesta provinciana’ de la literatura uruguaya que los había precedido” (Peyrou, 2008: 13). Como bien señala

Peyrou, fue una generación implacable que casi nada rescató de la literatura nacional previa: Felisberto Hernández o Juan Carlos Onetti fueron de los pocos que la generación del '45 reconoció como precursores o maestros. En cuanto a Rama, comenzó a tener una proyección que excedía los círculos literarios cuando su carrera como periodista de la cultura y crítico lo llevó a dirigir la sección literaria del semanario *Marcha* entre 1959 y 1968.

Seguimos a Peyrou en el *racconto* de su derrotero biográfico: la actividad del joven Rama es apabullante y se vuelve abrumadora en la década del '50: "En los '50 dirige el departamento de bibliografía de la Biblioteca Nacional, escribe para *Marcha*, *El Nacional*, *Acción*, funda una editorial (Fábula), dirige la Biblioteca Artigas de Clásicos Uruguayos, da clases en la enseñanza media, dicta conferencias sobre teatro y literatura." (Peyrou, 2008: 14). Rama se encuentra entusiasmado con una posible renovación de la literatura uruguaya, al mismo tiempo que se forma desde fuentes muy diversas que incluyen la sociología y la antropología. Su paso por París (1955) para completar sus estudios con su mujer de entonces, Ida Vitale, lo acercan a la consideración crítica que hacía Europa (más particularmente Francia) de nuestro continente, una consideración no exenta de cierta fascinación por un exotismo que, con todo, devolvía en espejo una imagen que Europa había forjado a fuerza de golpes de distinto calibre. Basta pensar en Marcel Bataillon y en Fernand Braudel, a cuyos cursos asiste (Bataillon dejó como legado tras su muerte una de las bibliotecas más completas acerca de América Latina, parte de la cual se encuentra hoy en la *Bibliothèque Marcel Bataillon*, dependiente de la Sorbonne; en cuanto a Fernand Braudel, hay que pensar la influencia de su legado historiográfico en los modos de concebir la historia latinoamericana, por ejemplo, en la noción de sistema-mundo de Immanuel Wallerstein, cuyo vínculo con las ideas de Braudel se puede seguir con gran claridad en el libro de Eduardo Gruner, *La oscuridad y las luces*). Volviendo a Rama, su tarea en *Marcha* fue de gran apertura hacia las letras del continente, incluido el universo brasileño; tendió puentes y viajó, así como invitó a otros a viajar, de modo tal de fomentar el intercambio dentro de América Latina. Integró el Consejo de Redacción de *Casa de las Américas*, como muestra adicional de su apoyo a la revolución cubana, desde 1965 hasta 1971, momento en que se aleja a causa del caso Padilla (1971). En efecto, el caso Padilla aparta a Rama de aquella Cuba de la que siempre se había sentido solidario, al punto de enfrentarse en polémicas variadas con, entre otros, Emir Rodríguez Monegal. Cuando el poeta Heberto Padilla fue encarcelado y posteriormente a su liberación hace una sospechosa declaración autocrítica que "recuerda peligrosamente los procesos soviéticos de los años treinta" (Peyrou, 2008: 21), muchos intelectuales repudian el gesto obligado de Padilla bajo la forma de una carta a Fidel Castro que Rama no firma, pero con la cual simpatiza al punto de plantear su incomodidad con lo que denomina el viraje cubano en un artículo en *Marcha*. De allí en más se sucedieron tensiones permanentes con la izquierda comunista y filocomunista, a la que Rama consideraba incapaz de una autocrítica sincera que develara la relación entre poder y producción intelectual, además de sin matices para tratar el tema de América Latina si no era con un rígido esquematismo de clases forjado, en última instancia, en la Europa ilustrada.

De hecho Rama tiene que exiliarse en Venezuela a raíz del golpe de estado que se produce en Uruguay en 1973; se encontraba de paso por allí y debe quedarse, y lo hace con su nueva mujer, la crítica de arte y escritora Marta Traba. La actividad de Rama florece nuevamente en el exilio: clases, conferencias, y la posibilidad de codirigir, junto con Leopoldo Zea, la famosa Biblioteca Ayacucho, un ambicioso proyecto de edición de lo más importante de la cultura latinoamericana desde tiempos precolombinos a aquel presente, proyecto que abarcó la planificación de más de quinientos títulos provenientes de las más diversas disciplinas, cada uno de ellos antecedido de un estudio crítico de los más renombrados especialistas en el área. El exilio en Venezuela da comienzo también a su contacto con los Estados Unidos, donde dará cursos en Stanford y en el Wilson Center de Washington, y donde comenzará las investigaciones que darán origen a los dos textos mencionados, *La ciudad letrada* y *Transculturación narrativa en América Latina*. Diversos roces con los medios culturales de Caracas y la voluntad de su mujer de irse de Venezuela lo llevan hasta Barcelona en 1978, aunque vuelve a Estados Unidos en 1979, a dar cursos en la Universidad de Maryland, mientras vive en Washington con una beca del Wilson Center. De allí en más se suceden los viajes por Estados Unidos, al mismo tiempo que obtiene un cargo como titular de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Maryland. Pero en el año 1982 el gobierno de Reagan le niega el visado que le permite continuar con su actividad profesional en ese país, tomando como excusa el supuesto comunismo de Rama, y una pretendida actividad subversiva denunciada por el gobierno uruguayo, a lo que se agrega la publicación de una serie de textos “contra Rama” escritos durante ese mismo año por Reinaldo Arenas, exiliado cubano al que el propio Rama había defendido en ocasión de su exilio. Rama se traslada entonces a París, financiado por la beca Guggenheim, lleno de nuevos proyectos que quedan trancos cuando cae el avión en el que viajaba, en ese mismo año 1983.

El intelectual: tensiones y pretensiones

No es azaroso que *La ciudad letrada* haya sido una de las últimas producciones de Ángel Rama, aquella en la cual trabajaba junto con *Las máscaras democráticas del modernismo*, publicado de manera póstuma en 1985. Como observa en la reciente *Historia de los intelectuales en América Latina* (proyecto dirigido por Carlos Altamirano en dos tomos, el primero publicado en 2008 y el segundo en 2010), la mirada de Rama todavía hoy es altamente fructífera para pensar las relaciones entre los intelectuales y el poder. Desde una posición que en su momento significó una discusión contra ciertas otras de cuño marxista (tal como señala el propio Altamirano en su “Introducción general” al tomo 1, o Gonzalo Aguilar en su trabajo sobre los “intelectuales de la literatura”, en el tomo 2), Rama pone el énfasis en la autonomía de los intelectuales y su capacidad para crecer bajo las alas de un poder modelado por las mismas premisas que dan movimiento a la ciudad. En cierta medida *La ciudad letrada* es evidencia también de un cambio que afectaba a los estudios sobre América Latina, que desde fines de los años '70 y principios de los '80 dejaban lentamente de lado categorías que habían estructurado las literaturas por áreas, al menos en Estados Unidos, lugar donde se desplegaba entonces la mayor parte de la actividad intelectual de Rama. Por

primera vez los latinoamericanistas se enfrentaban ya no exclusivamente con lo que se calificaba como “literatura”, sino también con una amplia gama de discursos de todo calibre que por primera vez se leían de modo transdisciplinario: la piedra como discurso, el mercado como tejido de discursos, etcétera, y, lo que fue fundamental, la oralidad como discurso tan válido como el discurso escrito que había prevalecido hasta entonces como objeto de estudio fidedigno. De hecho *La ciudad letrada* tiene como origen una conferencia brindada en Harvard en 1980, vale decir, en el momento y el lugar en que empezaron a fluir abundantes recursos para alimentar los departamentos de área que suscitarían tantos roces en términos de producción intelectual cuando se enfrentaran con otras producciones provenientes de los países que en Estados Unidos eran “objeto de estudio”.

En efecto, la hipótesis de *La ciudad letrada* sostenía que la ciudad es un espacio sígnico destinado a abrirse a diversas lecturas según la competencia del habitante-interpretador, más allá de los cambios obvios desde las fundaciones de las ciudades latinoamericanas hasta nuestros días, incluso cuando los propios signos y su disposición hayan cambiado lo suficiente como para suponer que no sea una élite del orden de la letra quien ordene hoy el territorio, espacio sígnico concebido explícitamente por una élite letrada-intelectual a fin de dominar la materia móvil que es la vida social. De Tenochtitlán a la Brasilia de Niemeyer: ése es el arco trazado desde el primer párrafo para definir ni más ni menos que el rol del intelectual latinoamericano y sus relaciones con el poder. La ciudad latinoamericana, “parto de la inteligencia”, “sueño de un orden” (Rama, 1998: 17) se habría estructurado para Rama en base a “la peculiar virtud de los signos de permanecer inalterables en el tiempo” (Rama, 1998: 21) y en base a la voluntad de la élite formada en base a cánones europeos de inscribir en el espacio el funcionamiento de los cuerpos y de las dinámicas urbanas en un orden que trascendiera la propia existencia material de sus creadores. De allí la doble vida que Rama detecta en las ciudades latinoamericanas, la del orden físico y la correspondiente al orden de los signos; la primera, espontánea, encauzada por la segunda en la medida en que la ciudad latinoamericana fue y seguiría siendo hija de una concepción intelectual eminentemente letrada, propia del grupo que domina un saber que denominaríamos “técnico” e, incluso hoy, indisociable de su forma social.

Son varios los momentos que Rama atribuye al derrotero de la ciudad letrada, momentos que detallaremos aquí de modo somero. En primer lugar, Rama encuentra la “ciudad letrada” propiamente dicha, formada y dando forma en lo que se denomina la “ciudad de Indias”, y en la cual los letrados ofician como transmisores/ productores de signos “girando en lo alto de la pirámide en torno a la delegación del Rey” (Rama, 1998: 33). Esta instancia, a la cual Rama dedica sus líneas más contundentes, es la que él cree central en la conformación del futuro grupo intelectual. El grupo letrado está, por un lado, exigido por la monumental administración del territorio, y por el otro forzado a la evangelización; conoce al dedillo los mecanismos institucionalizadores y se legitima institucionalizándose a sí mismo. En este último sentido debe convertir tanto como ideologizar a muchedumbres refractarias, y lo hace desde una acción estrictamente urbana. Respecto de la ciudad, “ella aparece como su

‘natural hábitat’ y con ella se consustancian en forma inextricable. Sólo el grupo mercantil puede asemejarse al intelectual” (Rama, 1998: 37). Pero esta casta letrada no administra una realidad pasiva, sino que moldea la materia en la propia administración, creando una red sígnica que es la que se superpone a ese espacio pasible de ser medido por la ciencia natural, dando origen a la doble vida de la ciudad y a la función de “traductor” del letrado, único que maneja dos jergas lexicales, en el sentido de la diglosia definida por Martin Lienhard (Lienhard, 2003). En este sentido, el letrado dispone de los instrumentos de la comunicación social, y “de esta manera compone un coruscante discurso cuyas lanzaderas son las operaciones de la tropología que se suceden unas a otras animando y volatilizando la materia” (Rama, 1998: 38). Ejemplos de la superposición de la red sígnica-intelectual al espacio de la ciudad real son los nomencladores urbanos, el tamaño de ciertos edificios que rematan su importancia simbólica, los signos inscriptos y proliferantes que convierten a la ciudad en campo de significaciones aunque sólo para aquellos espíritus capaces de leer como tales aquello que sólo son significantes para el resto (Rama, 1998: 40), de modo tal de reconstruir un orden subyacente. Hay una ciudad “real”, que recorren los sentidos, y hay otra ciudad, superpuesta y no tan invisible, para los paseos y comprensión del intelecto.

El segundo momento de la ciudad letrada es la ciudad escrituraria, que se habría iniciado con la expulsión de los jesuitas en 1767. En la articulación entre el letrado y el poder, se produce, a partir de fines del siglo XVIII, una cristalización del poder de la letra, una de cuyas vertientes es la institucionalización del conocimiento mediante la fundación de universidades. Es el momento en que la escritura lo absorbe todo, y en que el abogado se asume como heredero del letrado no siempre titulado de la administración colonial. Es cuando las sociedades latinoamericanas comienzan a enfrentar su independencia bajo el clamor por la formación y la educación; es el tiempo en que la sustitución en la administración de los peninsulares exige, por orgullo, la formación de cuadros administrativos locales formados en América (Rama, 1998: 53) La ciudad escrituraria es la ampliación e institucionalización de la ciudad letrada, pero esta vez por medios locales. En la colonia antes, como en la república después, los escribanos, hacedores de contratos adquieren una importancia desmesurada, que se continúa con la desmesura de los profesionales del derecho; la legalidad del papeleo va de la mano del purismo idiomático y de la proliferación de una burocracia desmedida. Junto con la palabra libertad, la otra gran palabra símbolo de la élite letrada durante el auge de la ciudad escrituraria es la palabra “educación” como dispositivo de una civilización concebida al modo en que la historiza Norbert Elias (Elias, 1993).

Fue preciso que emergiera la ciudad modernizada, el tercer momento de la ciudad letrada, para que la educación pudiera revertir su servicio al poder por un supuesto servicio al albedrío, la libertad de conciencia y la libertad política. En este aspecto se observa uno de los primeros giros que opera Rama respecto de los modos en que se concebía el rol intelectual (pensemos más bien en el letrado, ensayista, pensador: el anacronismo del término exigiría una revisión cuyo espacio no es este trabajo); pues cuando la corriente predominante tendía a ver en la profesionalización del escritor de fines del siglo XIX y la correlativa constitución de un campo literario autónomo un

distanciamiento que llevaría al intelectual a posicionarse en una función crítica que lo terminaría oponiendo al poder, Rama ve una profundización de la articulación entre la élite intelectual y los dispositivos de estructuración político-social; para Rama, el intelectual *acompaña* los movimientos de las élites del siglo XIX, pero luego lo sigue haciendo durante el XX a través de otras funciones e intenciones. Esto, quizás, haya sido lo más urticante de su planteo. Cambios urbanos vertiginosos y lento surgimiento de un campo literario, tal como lo postulan Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano (Altamirano y Sarlo, 1983); ampliación de los públicos lectores y una sorprendente inmigración fueron los rasgos prevaletentes del cambio que se vivía en la ciudad modernizada. “La letra apareció como la palanca del ascenso social, de la respetabilidad pública y de la incorporación a los centros de poder, pero también, en un grado que no había sido conocido por la historia secular del continente, de una relativa autonomía respecto de ellos” (Rama, 1998: 63), marcando los orígenes de una posición de crítica y denuncia. La pregunta que se plantea Rama es si esta posición de “crítica y denuncia”, contenida en el mismo proyecto ilustrado sugerido o impuesto por las élites, no contiene ya sus propias refutaciones encarnadas en la función crítica. Mientras por ejemplo Julio Ramos encuentra que la división del trabajo intelectual y la nueva articulación política del personaje (ahora sí denominado “intelectual”, Ramos, 1989) están al servicio de su independencia, Rama ve en la constitución del campo literario y la democratización de la lectoescritura el triunfo de la estrategia de dominio a través de la letra. Pues si bien es cierto que desde fines del siglo XIX se habría producido una disidencia dentro de la *ciudad letrada*, “ese pensamiento no dejó de moldearse dentro de estructuras culturales que aunque se presentaban modernizadas repetían las formas tradicionales.” (Rama, 1998: 65). El intelectual entonces se habría abocado con un total sentido de misión a construir literaturas nacionales; a construir una prensa libre; a criticar con su pluma al poder; a integrar, a través de relatos, aportes rurales para formar un discurso autónomo que construyeran la nacionalidad. Esta primera operación se completaría con una segunda desplegada en el propio ámbito de la ciudad “real”: en el caso de muchas ciudades, entre ellas Buenos Aires, las reformas de fines del siglo XIX fueron el contrapunto de una ciudad utópica a alcanzar (la París del Barón de Haussmann, en el más acá, o la Argirópolis de Sarmiento, o como dice Rama, cualquier ciudad que se pueda soñar desde la periferia merced a la excitación que proveen las letras e imágenes de lo moderno).

No hay que olvidar que en los albores del siglo XX, la Revolución Mexicana había asentado la medida de un nuevo tipo de intelectual que no estaba confeccionado en base a la observación de revoluciones ajenas; una revolución que creó un aparato cultural identificado con los procesos revolucionarios, como señala Javier Garciadiego (Garciadiego, 2010: 35). La ciudad revolucionada, cuarto momento de la ciudad letrada, fue sede de nuevos discursos intelectuales que, esta vez, apuntaron a la nación vista más como “proveedora de beneficios materiales cuya llave estaba en los puestos oficiales que como reclamadora de sacrificios y responsabilidades, lo que en cierto modo reproducía particularidades de la mentalidad criolla en los siglos coloniales, especialmente en vísperas de la Emancipación” (Rama, 1998: 105); y que incluso con una intención profundamente crítica, no dejó de soñar con un equipo intelectual junto al poder. La ciudad revolucionada, entonces, supuso

una modificación de la ciudad letrada, más aún cuando la élite intelectual, dividida, se encontró con las doctrinas de la izquierda, particularmente con la experiencia de la revolución cubana. De allí en más, “la fórmula ‘educación popular + nacionalismo’ puede traducirse sin más por ‘democracia latinoamericana’” (Rama, 1998: 106). Pero lo más significativo es que la recomposición de la ciudad letrada pudiera verse a través del partido político como instrumento para la toma del poder, partido a través del cual el grupo intelectual asume la función de “animar los intereses de los sectores que aún no han completado la conciencia de sí mismos, lo que plenamente se obtendrá mediante las reformas que introduzcan desde el poder” (Rama, 1998: 113). La universidad, que todavía en tiempos de la Reforma de 1918 era el ámbito por excelencia de la ciudad letrada, da origen (pues se mueven en sus márgenes) a autodidactas que proporcionan visiones más libres y asistemáticas vinculadas con una cultura política de izquierda. La ligazón entre el intelectual y el poder se complejiza: del puesto político oficial se pasa a la asesoría en sombras atravesando los diferentes momentos vividos por el arco político, o bien a la resistencia manifestada a través de una presencia mediática. Pues la primacía de la ciudad letrada se basa en que el intelectual siempre “escribe bien”, “habla bien”, y su manejo de la retórica y la oratoria lo convierten en una pieza clave en la moderna comunicación de masas; incluso se destaca esa capacidad que consiste en defender lo mismo y lo contrario con iguales aditamentos e igual apariencia de convicción.

Son sin duda múltiples y complejos los elementos puestos en juego por estas ideas, e imposible su profundización en pocas páginas, pero con lo dicho basta para poder plantear una pregunta. ¿Por qué el pensamiento de Rama podría ser calificado como actual? Sin duda porque pese a poner enorme énfasis en la autonomía del campo intelectual, en su transformación a partir de la presencia de los medios de comunicación masivos, no exime al intelectual, ni lo desplaza, de una posición de toma de decisiones en lo que respecta a la vida pública; vale decir que allí donde otros han visto la reducción de la función intelectual al ejercicio crítico-académico, a lo sumo periodístico, Rama observa nuevas articulaciones que no hacen más que sustentar el poderío de la ciudad letrada, incluso más si el intelectual, lejos ya de estar confinado al rol de productor de textos, tiene injerencia en otro tipo de producciones, entre ellas las mediáticas, o las de planificación de políticas públicas. Actual, entonces, por sugerir que existe un papel y una responsabilidad que le atañen al intelectual, incluso si parece más apartado que nunca de decisiones que pueden ser calificadas como tecnocráticas. Pero actual también porque, en efecto, Rama piensa todavía en un personaje de cariz ilustrado, cuya ilustración, justamente, denuncia, y en este sentido su bastidor de valores para dicho juicio se afina en categorías que hoy se hacen más lábiles e insabiles pero que cada vez es más urgente replantear. Baste pensar en los supuestos criterios de verdad en los que se ampararían los “intelectuales” para llevar adelante sus ideas. Más estallados, más opacos, no dejarían de existir, aunque se traten de articulaciones más tendientes al beneficio personal que a un proyecto colectivo de nación.

Marxismo y transculturación

Evidentemente, los roces de Rama con alguna intelectualidad de izquierda fueron fuente de amargura; pese a eso, tal como atestigua su *Diario*, Rama siguió considerándose de izquierda y marxista toda su vida. Pero en su estimación de la relación entre los intelectuales y el poder, y a todas luces considerando la revolución mexicana primero, y la cubana después, tuvo un lugar central en su mirada la manera en la cual ciertas élites letradas “se hacían cargo” de las voces desposeídas, las clases bajas, los oprimidos, bajo la forma de un nuevo tipo de intelectual, surgido sin duda en México, pero con vida autónoma en otras regiones de Latinoamérica al menos hasta la década del '60. Interesaba a Rama sobremanera que ciertos segmentos de la élite letrada –que no siempre se reconocían como tales– cultivaran un cierto anti-intelectualismo como modo de probar su fidelidad al pueblo oprimido, pero estos segmentos de la élite letrada eran vástagos de las clases medias ilustradas durante el siglo XIX. “Implícitamente y sin fundamentación, quedó estatuido que las clases medias eran auténticos intérpretes de la nacionalidad, conduciendo ellas, y no las superiores en el poder, al espíritu nacional, lo cual llevó a definir nuevamente a la literatura por su misión patriótico-social, legitimada en su capacidad de representación” (Rama, 2007: 21). Así es como la ciudad letrada iniciaba hacia la década de 1940 un cuestionamiento de las condiciones de existencia en el continente, cuestionamiento que comienza en las grandes ciudades, particularmente en el conglomerado más adelantado del momento, Buenos Aires (Rama, 2007: 26). De allí surgieron básicamente dos orientaciones, una más vanguardista y cosmopolita, y otra más regionalista, derivada del realismo crítico. Pero lo más importante es que anteriormente, en la década del '30, para Rama “se intensifica el proceso de transculturación en todos los órdenes de la vida americana.” (Rama, 2007: 34). Rama se inspiraba para esta reflexión en el célebre concepto de transculturación desarrollado por Fernando Ortiz en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, que él mismo había sugerido reeditar en la Biblioteca Ayacucho y que se publicó finalmente en 1978. El efecto más extendido de la transculturación consistía en “echar mano de las aportaciones de la modernidad, revisar a la luz de ellas los contenidos culturales regionales y con unas y otras fuentes componer un híbrido que sea capaz de seguir transmitiendo la herencia recibida” (Rama, 2007: 35). Y siguiendo el mismo eje de análisis que en *La ciudad letrada*, serán los intelectuales urbanos los considerados portavoces del movimiento que finalmente terminará asignando voz a culturas oprimidas, desde el momento en que la influencia transculturadora se origina en las capitales nacionales para extenderse luego a las culturas internas. Si para Rama, el primer movimiento transculturador no llegaba a incorporar al marxismo, en la práctica el marxismo fue asimilado por otro segmento de la élite letrada, las culturas universitarias, aunque en su visión la perspectiva crítica amparada en el marxismo extraía elementos de su contexto de origen llevando a razonamientos, para él, tan riesgosos como otros movimientos vistos en la etapa independentista que seleccionaban de igual modo elementos cuestionadores del sistema europeo y norteamericano, elementos producidos en esas mismas metrópolis y que se convertían en andamiaje teórico de modo abstracto y no siempre pertinente. De modo tal que “la unidad de América Latina ha sido y sigue siendo un proyecto del equipo intelectual propio, reconocida por un consenso internacional” (Rama, 2007: 67) Pero no sólo eso: la tesis de Rama se hace más provocadora aún cuando señala que la reivindicación del problema regionalista en América

Latina fue directa consecuencia de la modernización que penetraba desde las grandes ciudades. La reestructuración del mundo cultural provocada por la entrada de estos nuevos elementos conceptuales no anulaba el hecho de que seguían siendo teorías explicativas forjadas desde el segmento calificado ahora como “intelectual de izquierda” las que dirimían los campos de poder. Frente a los nuevos conflictos, se producirá toda una serie de discursos defensivos tendientes a buscar una identidad de modo singular, a producir nuevas voces cuya originalidad estará no en su pureza sino, justamente, en su sincretismo.

En este sentido todas las respuestas encarnadas en las múltiples corrientes surgidas, a veces en pugna entre sí, fueron expresión unánime de una necesidad de pensar lo americano. Se trate de Rulfo (uno de los cultivadores del antiintelectualismo observado por Rama), de Arguedas o de Guimaraes, una misma nostalgia aristocratizante, un lamento por un paraíso perdido de orden superior, una reminiscencia de lamento por los valores perdidos. Pero aun considerando la enorme diferencia que separa a las áreas andinas de las abiertas a las culturas europeas, y subrayando la imposición y sometimiento que padecieron las primeras en manos de las segundas (que germinaban en las capitales), no es de desdeñar, para Rama, el hecho de que los valores que ingresaban desde Europa eran fundamentales para su “posibilidad de progresar y aun romper la sujeción” (Rama, 2007: 158). Si el indio volvía otra vez a la historia bajo la forma de un reclamo, o más bien una demanda, no por ello se dejaba de “hablar en su nombre”. Eran las distintas reivindicaciones sociales de los actores urbanos las que lo hacían discurso, o las que asumían sus reivindicaciones para enmascarar las suyas, ignorando a la cultura indígena presente y viva sometida todavía a la expoliación y al saqueo de su fuerza de trabajo y de su savia cultural (Rama, 2007: 160-165).

Este tipo de afirmaciones permite entender el nodo de las polémicas que Rama sostuvo durante los últimos quince años de su vida (dejando de lado las que llevó adelante como miembro de la generación del '45, vale decir, las que de modo colectivo cuestionaban el carácter renovador de la literatura que se hacía por entonces en Uruguay, o las que alimentó en su temprana y sostenida defensa de la literatura del *Boom*); son derivas de un desengaño respecto de la capacidad verdaderamente innovadora de la izquierda, o más particularmente del comunismo, una vez llegado al poder, de desplegar una política de liberación de la opresión, y particularmente respecto de la capacidad de esa élite letrada de hacer otra cosa además de servir a los mecanismos más latos del poder. Pues a Rama le parecía monstruosa toda aquiescencia a un régimen cualquiera por parte del intelectual, justamente porque, por un momento, había soñado con un intelectual verdaderamente autónomo que no se arrodillara, ni voluntario ni obligado, frente a ninguna ideología. Así es como se distancia de gran parte de la intelectualidad de izquierda por la cuestión de Cuba; pero así es también como de algún modo se queda solo cuando posteriormente él mismo fuera acusado de subversivo comunista. La misma distancia sostuvo con los intelectuales-antiintelectuales filiados en la cultura popular que combatían una supuesta alta cultura que para Rama era expresión, en América Latina, de uno de los sincretismos más originales que hubiera dado la transculturación. Pues sin desdeñar los cambios en la articulación entre los intelectuales y la función pública, y sin soslayar los cambios sufridos por esa

élite lectoescritora que se desplaza desde el centro del poder a los márgenes, Rama no dejaba de preguntarse por qué, si el intelectual moderno nace de una figura que cimentaba su prestigio en el dominio del orden material a través del manejo de los signos, él mismo habría de constituirse en una figura “pura”, o que debería aspirar como atributo a una participación en el poder siempre desde una crítica del poder. No hay expresión pura, no hay lengua pura ni discurso puro, desde el momento en que toda lengua cristaliza relaciones de dominación: desde ese punto de vista, la crítica de Rama hacia Mariátegui es feroz en *Transculturación*, así como reconocida frente a la figura de Arguedas. No hay discursos puros que rescatar del indio –diríamos hoy: de los pueblos originarios– porque no hay voces puras; tampoco hay intelectuales puros, a pesar de que a los intelectuales del siglo XX en adelante les haya dado por exponer esa verdad *por y para* su acción política, mientras ocultaban otra bastante más evidente: que “intelectualizar” es un modo de someter. La conciencia de los dispositivos de dominación y del acople que ha tenido el mundo letrado a él forjan, entonces, un carácter de culpa instalado en el corazón del trabajo intelectual que sólo parece redimirse actuando, en apariencia, *contra* el poder. Todavía hoy, a más de veinte años de la muerte de Rama, la reflexión es plenamente pertinente. La intervención crítica en el seno de instituciones financiadas por el Estado, o dentro de proyectos financiados por el Estado, demuestra que la autonomía del intelectual respecto de los dispositivos de dominación no es tan prístina como se pretende. Y si esta falta de autonomía es un problema, lo es especialmente para esa casta lectoescritora que, además, en América Latina, se ve tensada en la búsqueda de otros mecanismos de supervivencia además de la tarea intelectual remunerada (y en este sentido nunca Rama se sintió en falta por estar dando clases en Estados Unidos, lo que le valdría la acusación de pro-imperialista).

El legado de Ángel Rama

Varias críticas se le han hecho a Rama, fundamentalmente de la tesis presentada en *La ciudad letrada*. En la reciente *Historia de los intelectuales en América Latina*, podemos señalar, por ejemplo, la de Paulette Silva Beauregard, quien se centra en el caso de las condiciones de la formación de la opinión pública en Venezuela. Silva Beauregard estima que la concepción prevaleciente en los estudios sobre lo americano para considerar la cuestión intelectual es la de Rama (cosa discutible, puesto que cada vez más se cuestiona la idea de “casta letrada”, al mismo tiempo que cada vez más se reconoce la originalidad de Ángel Rama) aunque su defecto sea que “supone muy pocos cambios entre la colonia y el período inmediatamente posterior, lo que lleva a pensar en un letrado aislado en una amurallada ‘ciudad escrituraria’, al servicio del nuevo poder y, sobre todo, desligado de la ciudad ‘real’ y oral” (Silva Beauregard, 2008: 147). En nuestra opinión, Rama vio, muy por el contrario, cómo la élite que maneja y produce discursos, y que es resultado del proceso de democratización de la letra, era capaz de asumir a lo largo del siglo XX nuevas funciones en la reestructuración del campo comunicativo como consecuencia de los medios de comunicación masivos; también vio cómo y de qué manera esos intelectuales habían negociado sentidos desde las primeras fundaciones urbanas con pleno conocimiento de la trama oral que organizaba la vida de las urbes. Superponer, eventualmente

fagocitar, dirigir los caminos de la significación o rematarlos con interpretaciones fuertemente simbólicas fueron más bien las conductas del letrado. En la misma obra de Altamirano, el texto de Gonzalo Aguilar ubica a Rama dentro de lo que él denomina “intelectuales de la literatura”, cuyo surgimiento se daría alrededor de la década de 1950, y abarcaría a aquellos intelectuales cuyo origen son las letras o la crítica literaria pero que se proyectan como figuras públicas a partir de la legitimidad de su palabra (Aguilar, 2010: 686). Puede ser que el carácter crepuscular aluda entonces la pérdida de legitimidad de la palabra del intelectual para influir en la opinión pública, pues es cierto que Aguilar reconoce que la legitimidad deriva del privilegio que ganó el discurso literario al quedar desvalorizados otros, como el religioso o el proveniente de la historia. Ahora bien, justamente el marxismo se afinsa en una interpretación de la historia, con lo cual el intelectual de izquierda sería más legítimo cuanto más manejara la profundidad del vínculo entre una historia de las clases y una historia de sus producciones culturales. De allí los cuatro períodos que reconoce Aguilar en el intelectual latinoamericano durante la segunda mitad del siglo XX: “emergencia de los intelectuales de la literatura en ámbitos nacionales (1945-1960); latinoamericanización y politización de su palabra (1960-1969); declinación de la teleología revolucionaria de la historia y debate sobre la postulación de una teoría de la literatura latinoamericana (1969-1984); y un último período, (1984 hasta el presente) caracterizado por la necesidad de los intelectuales de la literatura de legitimar la pertinencia de su saber y la importancia de su objeto” (Aguilar, 2010: 688)

Sin pretender cerrar el debate acerca de la vigencia del concepto de ciudad letrada, consideramos que la reciente participación de algunos intelectuales en la política es, en nuestro país, un sinceramiento de la clase intelectual para consigo misma, que parte del reconocimiento de asumirse como élite esclarecida capaz de dar una nueva forma a la vida social, basada esta vez no necesariamente en la remodelación de la ciudad (que queda, por el contrario, en manos de un neoliberalismo que atraviesa lo público de forma cada vez más tenaz, y frente al cual la casta intelectual elige oponer discursos que re-signifiquen, en vez de obras arquitectónicas) sino más bien en la reinscripción signíca de viejos espacios conocidos siendo fiel a la voluntad, en este caso, de escribir una contrahistoria que incluye, en ese mismo movimiento, a la propia élite intelectual y su relación con lo público.

Un diagnóstico de época difícilmente pueda eludir las condiciones en las cuales los individuos habitan las ciudades; tampoco los modos en que los intelectuales reflexionan acerca de esas mismas condiciones. Es en este sentido que nos interesa recuperar las ideas expuestas dentro de un movimiento de sinceramiento de la clase intelectual para con ella misma. Sin duda la transnacionalización de la producción académica (tan bien detectada, entre otros, por Nelly Richard) obliga a un tipo de actualización maníaca dentro de la cual la adquisición de ciertos productos (libros, fundamentalmente) es un pilar ineludible. La transdisciplinariedad por un lado, y la obligación de “producir” intelectualmente, con sus corolarios obligados en la asistencia a eventos académicos en muchos casos extraterritoriales, genera un intercambio en los sectores formados inédito en la historia del pensamiento occidental. Se han escrito muchas páginas acerca de los saberes transversales y de la caída de

los grandes relatos explicativos de la Modernidad, y es muy poco lo que se puede decir del rumbo que tomará dicho estado de cosas. Pero así como la convergencia entre máquinas en función de una transmisión llana de la información parece ser el rasgo determinante de la producción tecnológica contemporánea, de la misma manera, quizás por un “espíritu de época similar”, se parece estar llegando al momento de acoplamiento de todos los discursos. De la literatura y el cine, de la filosofía y la literatura, de la filosofía y el cine, de la antropología y el arte, y así sucesivamente. En este aspecto el intelectual parece estar derivando hacia la figura de un gran ensamblador de panes discursivos de diferentes disciplinas a fin de hacer fluir algo que lo excede, un discurso que podríamos denominar posmoderno, si entendemos, como observaba Jameson, que en él hay un rasgo central que consiste en el borramiento de la antigua frontera entre la alta cultura y la cultura de masas o comercial. No sólo eso: Jameson señala la “fascinación” que producen a los posmodernistas “el conjunto del panorama ‘degradado’ que conforman el shock y el kitsch, la cultura de los seriales de televisión y de Selecciones del Readers’ Digest, de la propaganda comercial y los moteles, de las películas de medianoche y los filmes de bajo nivel de Hollywood, de la llamada paraliteratura con sus categorías de literatura gótica o de amor, biografía popular, detectivesca, de ciencia ficción o de fantasía: todos estos son materiales que los posmodernos no se limitan a ‘citar’, como habrían hecho un Joyce o un Mahler, sino que incorporan en su propia sustancia” (Jameson: 1991, 17). Nada indicaría que para pensar este estado de cosas los planteos de Rama sean anacrónicos o estén desfasados frente a una realidad sin dudas muy transformada.

Me gustaría exponer una hipótesis a desarrollar en futuros trabajos: que quizás de modo no plenamente conciente, la élite letrada es quien ofrece la justificación a la circulación de los bienes culturales no sólo alimentando los circuitos en los que éstos se ofrecen (esto es natural en la medida en que el intelectual es un habitante más de la ciudad, y se ve tentado por las mismas opciones que los demás), sino produciendo y rescatando aquellos discursos referidos a los bienes que circulan en esos espacios. Me refiero particularmente al segmento de la élite letrada que dispone de la posibilidad de planificar espacios de circulación del discurso tales como los suplementos culturales, las revistas de crítica (literaria, de cine), o que dispone de la posibilidad de diseñar, por ejemplo, una política editorial. En este sentido, la celebración de determinados tópicos o el acople a las tendencias estéticas cuyas líneas recorren las vidrieras de los espacios culturales de estas nuevas zonas que aglutinan la cultura son o bien un aspecto más de la fascinación que ejerce la mercancía (la fascinación intelectual), o bien (lo cual es falaz a todas luces) la constatación de que lo que vale en la cultura pasa por esos espacios. Y si bien es cierto que la élite letrada ya no se articula con el poder de un modo tan claro como para ser un actor decisivo y público de la asignación simbólica de los espacios (desde el diagnóstico del declive del humanismo a la redefinición de la ciudad letrada detectada por Rama para la segunda mitad del siglo XX, hay una serie de trabajos que tienden a observar el desplazamiento del foco público a la asesoría en sombras de la élite letrada), su presencia en estos espacios, así como en los otros espacios no tan literales de circulación del capital (al decir de Nelly Richard, la “internacional académica”) nos obligan a pensar en

una relación con el poder y con las metamorfosis urbanas mucho más intrincado y oscuro, y que todavía son la sombra de la “ciudad letrada”.

Bibliografía

Aguilar, Gonzalo (2010). “Los intelectuales de la literatura: cambio social y narrativas de identidad”, en Altamirano, Carlos [dir.] (2010). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II. Buenos Aires: Katz. Pp. 685-711.

Altamirano, Carlos, y Sarlo, Beatriz (1983). *Literatura/ Sociedad*. Buenos Aires: Hachette

Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta [coord.] (1998). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: Universidad de San Francisco. Se trabaja con la versión web: <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/>

Elias, Norbert (1993). *El proceso de civilización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Garciadiego, Javier (2010). “Los intelectuales y la Revolución Mexicana”, en Altamirano, Carlos [dir.] (2010). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II. Buenos Aires: Katz. Pp. 31-44.

Grüner, Eduardo (2010). *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*. Buenos Aires: Edhasa.

Jameson, Frédéric (1991). *Ensayos sobre el posmodernismo*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Lienhard, Martin (2003). *La voz y su huella* [ed. rev.]. México: Ediciones Casa Juan Pablos y Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

Peyrou, Rosario (2008). “Prólogo”. En Rama, Angel (2008). *Diario. 1974-1983* Buenos Aires: El Andariego.

Rama, Angel (1985). “La ciudad letrada”. En Morse, Richard y Jorge Enrique Hardoy (comp.) *Cultura urbana latinoamericana*. Buenos Aires: Clacso.

Rama, Angel (1998). *La ciudad letrada* Montevideo: Arca.

Rama, Angel (2007). *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: El Andariego.

Rama, Angel (2008). *Diario. 1974-1983* Buenos Aires: El Andariego.

Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina – Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Richard, Nelly (1994). *La insubordinación de los signos. Cambios políticos, transformaciones culturales y poéticas de la crisis*. Santiago: Cuarto Propio.

Silva Beauregard, Paulette (2008). “Redactores, lectores y opinión pública en Venezuela a fines del período colonial e inicios de la independencia (1808-1812)” En Altamirano, Carlos [dir.] (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo I. Buenos Aires: Katz Pp. 145-167.

¹ Tal como planteó Gonzalo Aguilar en la mesa redonda de las I Jornadas de Arqueología de la Contemporaneidad, La Plata, 16-18 de mayo de 2011. No hay actas publicadas en el momento de escritura del presente trabajo.